

# APUNTES DESDE LA CABAÑA

## Añorando al Valparaíso que se fue

**¡P**ronto llegan a Chile los Schmidt, un simpático matrimonio de amigos alemanes! Vienen de la Renania vitivinícola, donde los conocí hace más de treinta años. Ambos retirados, él se dedica hoy a la fotografía, y ella a pintar paisajes al óleo. Sueñan con ver la cordillera nevada y esquiar, conocer los lagos y canales del sur bajo la lluvia, recorrer la región donde sus antepasados dejaron una rica impronta cultural, económica y arquitectónica. También ansían alejarse de la invasión de Putin a Ucrania. Temen que el conflicto escale y los europeos no estén equipados para frenar a Rusia sin apoyo de Estados Unidos.



**POR ROBERTO AMPUERO  
 ESCRITOR, EX MINISTRO  
 Y EMBAJADOR, ES  
 ACADÉMICO DEL CENTRO  
 PAÍS HUMANISTA DE  
 LA UNIVERSIDAD SAN  
 SEBASTIÁN Y  
 DE LA UNIVERSIDAD  
 FINIS TERRAE**

casco histórico reconocido en 2007 por la UNESCO como patrimonio de la humanidad. "Quiero transitar por callejones y escaleras, y fotografiar de noche la ciudad con el Pacífico de fondo", afirma ilusionado mi amigo por zoom. Le advierto que las cosas han cambiado desde el estallido que devino delin cuencial, y que hay que ser cautos. "Todo el mundo cambió", replica la pintora, "ya ni Venecia ni Nueva York son lo mismo". Les sugiero que lean más sobre Chile porque no me la imagino pintando en la calle ante un atril, el maletín con colores por un lado, y la cartera olvidada por otro. Y me desasosiega que mi amigo recorra solo y cámara en mano callejones porteoños en penumbras.

Cuando los conocí, Chile estaba de luna de miel con Europa. Lo aplaudían por doquier: ejemplar transición a la democracia, estabilidad política, crecimiento económico, tratados de libre comercio, avances contra la pobreza, país seguro y en acelerada modernización. Chile se podía recorrer de norte a sur en vehículo y las carreteras eran buenas y la policía un aliado que garantizaba por presencia la seguridad, algo singular en América Latina. Lo sostenían los medios y uno lo corroboraba orgulloso. Al país lo destacaban en foros internacionales, éramos "jaguars" y, conscientes de sus luces y sombras, a los chilenos nos encantaba ese despegue nacional, ese salir de la perpetua medianía inferior en la tabla de posiciones regional. No olvidemos que en 1972 el gobierno de Allende recibió donaciones de arroz y azúcar (más de armas, por cierto) de la dictadura cubana. Ese era nuestro nivel.

Los Schmidt no vinieron antes por sus trabajos y porque sus hijos los necesitaban cerca, primero como padres y después como abuelos de sus hijos. Ahora, jubilados y saludables, cuando ya han recorrido Europa, Estados Unidos y Asia, vienen al Chile del que tantas veces hablamos mientras nevaba en Bonn. Pero su viaje me suscita alegría y a la vez tribulaciones. ¿Razón? La inseguridad. Nuestra amiga desea pintar la bahía de Valparaíso, y él fotografiar el



una cebolla? ¿Les cuento de los sicarios y las balaceras? ¿O simplemente les prohibo salir solos? ¿O exagero, y lo de la delincuencia es un asunto de percepción, como sostiene el gobierno? ¿No será antipatriótico hablar mal de mi patria? ¿Y acaso no es peor callar? Tengo aun semanas para dilucidar este espinudo asunto diciéndoles toda la verdad pero sin que cancelen el viaje.

En los noventa me ocurrió algo parecido con un matrimonio estadounidense amigo, que vino a Chile desde una pequeña ciudad del Midwest, una de las zonas más seguras de ese país. Lo pasaron extraordinario en un Chile que era otro y que comenzaría a disiparse velozmente con el octubrismo, homenajeado en el Congreso Nacional, y que colocó a la defensiva a las fuerzas del orden y que el extremismo, la delincuencia organizada y el narco aprovecharon para controlar "territorios". Ese Chile que fue incendiado es una patria a la cual tal vez nunca retornaremos. ¡Y justo ahora los amigos

quieren volver! Ha de ser la edad. Son independientes y viajan con frecuencia, pero cuesta convencerlos de que vayan acompañados porque las cosas cambiaron aquí para peor. Alojjan encantados en mi casa, pero durante el día les gusta salir a explorar solos y no importunar a los amigos. Prefieren sentarse al anochecer en la terraza, con una copa de cabernet sauvignon y unos quesitos, a comentar el día, y a veces nos piden que los dejemos cocinar algo especial para nosotros. Los llevé ese año a los cerros Alegre, Concepción, Bellavista y San Juan de Dios y a Playa Ancha, y visitamos la casa de Neruda y el Museo Lukas, y caminamos por calles donde restaurantes ponían mesas y la ciudad derrochaba esperanzas.

Hoy Valparaíso se parece a La Habana castrista destruida en cuerpo y alma. No, no me refiero a La Habana ya semi destruida a fines de los años setenta, cuando viví allí, sino a La Habana en ruinas de hoy, tras sesenta y seis años del régimen de dos hermanos. Antes de los Cas-

tro la ciudad era "La Perla del Caribe" por su belleza natural y arquitectónica, y su gente alegre y variada. Era la ciudad más moderna de América Latina, y sólo Argentina y Uruguay superaban a la isla en calidad de vida y alfabetización. Hoy La Habana se cae a pedazos como si hubiese sido bombardeada. Es el resultado de "la revolución", así como la destrucción de Valparaíso y de tantas comunas de ciudades chilenas son resultado natural de la "revolución octubrista". Una cosa trae a la otra.

Mis amigos alemanes creen que al llegar encontrarán el Valparaíso celebrado por los medios en los noventa y los primeros quince años del 2000, y los que retornan de Estados Unidos creen que volverán al Valparaíso de 1997, que les fascinó por su topografía, originalidad, los hotelitos boutique y los restaurantes en casas de los cerros. Les encantaba observar la bahía desde el Paseo 21 de Mayo, visitar los locales predilectos de Cayetano Brulé, cuyo despacho está en el Edificio Turri, donde hoy en reali-

dad podría morir apuñalado. Los amigos "gringos" añoran volver al Valparaíso Eterno, el Bar Cinzano, y La Nave y escuchar tangos y folklore chileno en establecimientos de la avenida Pedro Montt.

Es triste para un escritor que sitúa a su personaje principal, un detective privado, en el ilusionado Valparaíso de los noventa, tener que prevenir a admiradores de la ciudad a lo que se exponen al venir y tener que advertirles asimismo del calamitoso y trágico estado en que la encontrarán. Difícil explicar cómo se logró arruinar a Valparaíso, la ciudad más original y con más personalidad de Chile, emplazada en una espléndida bahía con cerros que cercan al fondo, visualmente, como paréntesis gigantes, la Cordillera de la Costa, donde destacan los montes de La Campana y el Roble, y la cordillera de los Andes, donde descuelga el Aconcagua. ¿Estará anidando a esas alturas, cerca de los cóndores, al Ave Fénix que posibilite la reinvencción de Valparaíso?